

**ESTEBAN EL AFRICANO,
CONQUISTADOR REMISO DEL PUEBLO ZUÑI**
(Postal de Historia con Felicitaciones para el Año Nuevo)

Bartolomé Clavero

Hace ahora un par de años, a principios de 2006, dos indoamericanos profesores de la facultad de derecho de la Universidad de Arizona viajaron al Estado vecino de New Mexico para rendir una visita al pueblo Zuñi o Zuni, uno de los pueblos *pueblos* que han defendido su autogobierno desde los primeros tiempos de la embestida europea. El nombre común no es redundancia, pues fueron llamados así, *pueblos*, por los españoles. Acompañaban nuestros dos profesores indoamericanos a Robert Goodwin, un investigador británico que andaba tras los pasos del primer sujeto no-americano que, liderando una avanzadilla española, contactó, allá durante la primera mitad del siglo XVI, al pueblo Zuñi. No se trataba de un español o ni siquiera de un europeo, sino de un africano, seguramente subsahariano. Y era esclavo. De otra forma no habría podido arribar por aquel entonces a América. *Negro* le llaman las crónicas españolas, el *negro* Esteban, Esteban Dorantes, por el apellido de su dueño español, o Esteban de Azamor, por Azemmour, el lugar, actualmente en Marruecos, donde se le redujo a esclavitud.

Los profesores indoamericanos de la Universidad de Arizona que acompañaban a Bob Goodwin en su excursión a Zuñi son dos personajes bien conocidos en este género de la literatura sobre relaciones entre indígenas y no-indígenas por América. Se trata de Jim Anaya y Rob Williams, esto es Steven James Anaya, el mayor especialista sobre los pueblos indígenas en el orden internacional y actual Relator Especial de Naciones Unidas sobre la situación de los derechos humanos y libertades fundamentales de los indígenas, y Robert A. Williams junior, el mayor estudioso de los tratados entre y con pueblos indígenas, teorizador de un constitucionalismo en común y analista tanto del discurso europeo de la conquista americana como del supremacismo euroamericano de ayer como de hoy. Bob, Jim y Rob viajaban a New Mexico a principios de 2006 en busca de la memoria zuñi que pudiera contribuir a despejar los misterios y las incógnitas de las crónicas españolas sobre el esclavo Esteban. Lo primero que se ignora es su nombre de nacimiento, el que tuviera y usara por el tiempo igualmente desconocido durante el que fuera persona libre, antes y también después de los largos años de esclavitud, los únicos de su vida en algo, en muy poco, hoy documentados.

Bob Goodwin se ha pasado años lidiando con tales misterios e incógnitas recogiendo el guante del reto que lanzó hace algo más de un siglo Frank Hamilton Cushing, un adinerado bostoniano que, atravesando un grave episodio del malestar de la civilización depredadora, se refugió entre los zuñis alargando su convivencia con ellos durante cuatro años en los primeros ochenta del siglo XIX. A su regreso a casa, a mediados de dicha década, pronunció una conferencia en la Sociedad Geográfica de Boston que, al menos entre sus congéneres no-indígenas, alcanzó cierto eco: “The Discovery of Zuñi or the Ancient Provinces of Cibola and the Seven Lost Cities”, el descubrimiento de Zuñi o las Antiguas Provincias de Cibola y las Siete Ciudades Perdidas. Todo esto no era producto de la mente calenturienta del descentrado Cushing, sino elementos legendarios de la conquista española que precisamente espolearon el

primer intento de invasión de los territorios *pueblos*, el que lideró “el negro Esteban”. Bob Goodwin retoma esos elementos para ver de explicarse y explicarnos cómo un esclavo africano pudo comandar una expedición española en la conquista de América.

Cíbola era el nombre de una de las Siete Ciudades de Oro legendariamente fundadas en tierras lejanas de Europa por siete obispos huidos de la invasión islámica de la Península Ibérica allá por tiempos medievales. Siglos después en Nueva España, el actual México sin la frontera del Río Grande, un fraile provenzal franciscano, fantasioso y alcoholizado, de nombre Marcos de Niza, dio pábulo a la especie de la identificación entre Zuñi y Cíbola, ciudad de oro en el sentido más literal. Él y otros frailes de su orden predicaban desde los púlpitos y a pie de calle sobre los siete obispos huidos del Islam para salvar la cristiandad y sobre su fundación de las Siete Ciudades de Oro resulta que en América. Allí, al norte, se tenían. Paganizadas, había que rescatarlas.

Noticias frescas sobre la existencia y el emplazamiento de Zuñi procedían de la larga y penosa travesía de supervivencia tras un catastrófico naufragio que, a lo largo de un itinerario con rodeos inexplicables de cerca de diez mil kilómetros desde las costas de Florida hasta la ciudad de México durante el transcurso de casi nueve años, acababan de cubrir cuatro personas. Una de ellas era Esteban. Otra Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien se hizo con la fama de lo que fue una huida sin rumbo y presentó como una hazaña sobrehumana. Bob Goodwin, sabiendo leer las crónicas españolas entre líneas, cuenta que el grupo como se salvó fue gracias a la habilidad de Esteban, con su rica experiencia multicultural, para comunicarse y entenderse con los pueblos indígenas dominando lenguas y adoptando costumbres, indumentaria de rango inclusive. Fue el esclavo quien volvió con bagaje realmente útil, bien dotado de conocimientos preciosos para una eventual exploración menos improvisada por aquellos territorios del norte.

En la ciudad de México, capital de Nueva España, sede del virreinato, de la audiencia y del obispado, supieron apreciarse las cualidades de Esteban, aunque bien se cuidara nadie de dejarlo registrado por escrito. El dueño del esclavo, Andrés Dorantes de Carranza, figuraba entre los cuatros que salvaron la vida, pero no se lo agradeció a Esteban con la emancipación. Parece que el virrey, Antonio de Mendoza, y su audiencia tenían interés en que se le mantuviera en estado de esclavitud a fin de que pudiera disponerse expeditivamente de él como guía para futuras exploraciones. Concordaba en esto, aunque no en otras cosas, el obispo, Juan de Zumárraga. En lo que difería éste era en la forma de plantearse las expediciones. El virrey las prefería militares con tropa indígena a pie y comandancia española a caballo. El obispo las quería misioneras.

Dicho de otra forma, Zumárraga decididamente apostaba por un colonialismo eclesiástico frente al imperialismo monárquico. Ambos planteamientos compartían la pretensión de que existía de parte española el derecho al sometimiento de los pueblos indígenas de América. Ambos negaban todo derecho a sus propios recursos, a su propia cultura y a su propio gobierno, a absolutamente todas las gentes que poblaban América. Sobre ese supuesto y no otro se emprendían las expediciones. Comoquiera que la operación se plantease, del modo que fuese, el contacto había de producirse con la misma ceremonia, comunicándose un requerimiento protocolizado al pueblo de turno para que aceptase pacíficamente la religión cristiana y el dominio del monarca español, dominio que se tendría por investidura del representante de Cristo en la tierra, el obispo de Roma, autoridad por lo visto máxima para la humanidad entera sin excepción alguna.

De no ser así, el caso se les comunicaba que era de guerra justa, la que en consecuencia se emprendía. Derecho de legítima defensa no se admitía. Fuera del tipo que fuese la expedición, la violencia se enarbolaba siempre desde un primerísimo momento.

En aquel primer intento de invasión de los territorios *pueblos* el obispo se salió con la suya. Las Siete Ciudades de Oro iban a conquistarse sin alarde de belicosidad, lo que no tenía por qué significar que de forma por entero pacífica. La amenaza se pronunciaba en el requerimiento poniéndose en práctica al primer signo de resistencia. Ninguna expedición iba desarmada. Al frente de aquella partida se coloca a un fraile protegido del obispo, el provenzal Marcos de Niza precisamente. Siendo patente su incapacidad, a su flanco se sitúa a Esteban, teórico guía y efectivo dirigente de la expedición. Como esclavo, no podría atribuirse ningún derecho o ni siquiera el crédito del éxito que se auguraba. Ni a su dueño se le dio la oportunidad de acompañarle. Parece que ya andaba desentendido. Cabe dentro de lo probable que el virrey hubiera adquirido la propiedad de Esteban para tener derecho a lo que su aventura rindiera.

Aquella expedición fue un fracaso rotundo. Consta que Esteban llegó a Zuñi con un pequeño destacamento de indígenas dejando a Marcos de Niza bien protegido en una alejada retaguardia. Es la última noticia que se sabe a ciencia cierta del esclavo. Ahí se pierde Esteban al menos para las crónicas españolas. El fraile regresó con historias en las que fue y es difícil discernir entre pura fantasía y flagrante realidad. La expedición habría llegado a Cíbola topándose con una cerrada defensa armada frente a la que habría perecido Esteban. Si la recepción era tan defensiva, es porque habría riqueza que defender. Marcos de Niza, aun con la imaginación desbocada, sabía argumentar.

El fraile volvía con noticias aún más incitantes. Por aquellos territorios de las Siete Ciudades de Oro, habría alguna más grande y rica incluso que Tenochtitlan, la antigua ciudad de México. Allá al norte se ubicaría El Dorado, la tierra pletórica de oro. Había motivos para justificar su expedición así no tan fallida e incentivos para organizar la invasión definitivamente por otros medios, dada la resistencia. Ya tendría otros protagonistas al mando. Marcos de Niza se retiró a las lagunas y canales floridos de Xochimilco, regularmente provisto de buen vino por el obispo Zumárraga. Cabeza de Vaca se trasladó como adelantado al Río de la Plata para buscar El Dorado por latitudes meridionales. Aquellos invasores podían ser ilusos y hasta crédulos, pero no eran quiméricos ni utópicos. Al fin y al cabo, ya se estaban dominando y explotando un par de Eldorados, Tenochtitlan y sus territorios, al norte, y el Tawantinsuyu Inca, al sur.

De Esteban no se supo ni parece que se pusiera gran interés en saberse. Su dueño, quienquiera que fuere a aquellas alturas, Andrés de Dorantes o el mismo virrey Antonio de Mendoza, acabaría resignándose a la pérdida. El primero se asentó y acomodó de por vida en México contrayendo matrimonio con una viuda que le aportó como dote rediticia encomiendas de comunidades indígenas. Antonio de Mendoza se trasladó como virrey al Perú, falleciendo al poco de tomar posesión. Cabeza de Vaca cayó en desgracia y tuvo que regresar a España. No se sabe donde falleció, pero una de las posibilidades es que fuera en Orán, actual Argelia; otras más probables, en Valladolid, en Sevilla o en Jerez de la Frontera, su ciudad natal. En cuanto a Esteban, como cabeza de una avanzadilla que era de una invasión española de la que en Zuñi ya podía tenerse buena noticia, no es inverosímil que se hubiera topado con la defensa armada y el resultado letal de su propia muerte. Esto es lo que se repite por las fuentes

españolas. Con tal tracto autista de testimonios, esto es lo que Frank Cushing dio también por hecho sin interrogar a fondo a las fuentes. Bob Goodwin lo hace, sumándose a quienes lo ponen en entredicho. Esteban no habría muerto en Zuñi.

En la lógica de aquella historia resulta desde luego bastante más verosímil que Esteban lo que hubiese hecho es engañar a Marcos quedándose a vivir pacíficamente ya en Zuñi, ya con otros pueblos indígenas, u ofreciéndose como agente mediador entre unos y otros, librándose en todo caso definitivamente de los españoles y recobrando así la libertad que había perdido en Azemmour, actual Marruecos. La tierra donde se liberó fue su única patria. Puede que recuperara su nombre de nacimiento o que recibiera uno *pueblo*. Lo que resulta seguro es que abandonó su apelativo de esclavo, aquel con el que seguimos identificándolo. En cuanto dejó en la retaguardia a Marcos de Niza, Esteban se habría desprendido de toda su vinculación, absolutamente toda, con España y con la cristiandad, lo que para él era con la condición de esclavo. Por no obedecer, Esteban no habría ni siquiera formulado a las puertas de Zuñi el requerimiento protocolario de sumisión indígena a Cristo y a sus vicarios en la tierra, un monarca y un obispo. Las ulteriores fabulaciones sobre Cíbola y las otras Ciudades de Oro procederían definitivamente de Marcos de Niza y no de Esteban de Azamor, pues a éste no le convenía de ningún modo seguir incitando con cuentos a la invasión de aquellas tierras.

No hay modo de saberse lo ocurrido con una mínima certeza. No hay modo de averiguarlo con el solo testimonio de las crónicas españolas y sus secuelas americanas, como la de Frank Cushing, todas ellas rehenes de las pretensiones de Cabeza de Vaca y las fantasías de Marcos de Niza desde entonces y prácticamente, con bien contadas excepciones, hasta el día de hoy. A esta exacta constancia responde la excursión de Jim Anaya, Rob Williams y Bob Goodwin a tierras de Zuñi. Van en busca de la otra versión de la historia, la que ha de ser prioritaria aunque venga ignorándosele como si se tratara de pasado muerto, como si no estuviera vivo el pueblo Zuñi. Acuden los tres amigos a la fuente primaria para la memoria del primer encuentro con la invasión europea, que presenta en el caso la particularidad de ser un contacto africano, y que por esto mismo podría retenerse de manera más viva a lo largo de los siglos transcurridos. ¿Qué ocurrió a la llegada de la avanzadilla liderada por Esteban? ¿Cómo se le acogió? ¿Qué hicieron unos y otros? ¿Se sintió libre y disfrutó de su libertad el esclavo en Zuñi o entre otros pueblos indígenas? ¿Siguió valiéndose de su acreditada capacidad para la comunicación y el entendimiento interculturales? ¿Zuñi mismo pudo obtener provecho de las dotes del antiguo esclavo? ¿Qué memoria con todo se conserva de aquel verdadero acontecimiento histórico? ¿Quién es Esteban el Africano para Zuñi?

La amistad entre Jim Anaya y Bob Goodwin se había fraguado en Sevilla, mediando gente de mi familia. Rob Williams se unió ya en Tucson, Arizona. A principios de 2006, Bob hizo su entrada por Sonora, a través del puesto de la doble Nogales, la mexicana y la estadounidense, en peregrinación siempre tras los pasos de Esteban por una incierta ruta entre cuyas dificultades no estaba entonces, en el siglo XVI, la frontera entre Estados. Había otras entre las que Esteban sabía manejarse. Ahora, en 2006, a la expedición a Zuñi me hubiera por supuesto gustado sumarme, pero no tuve ocasión por pocas semanas, pues había permanecido en Tucson, en la Universidad de Arizona, donde se desarrolla el programa de derecho y política de los pueblos indígenas, durante el último trimestre de 2005, hasta mediado diciembre. Así

que fueron tres amigos, y no cuatro, quienes se desplazan a Zuñi. Allí, Bob Goodwin, con su conocimiento a fondo de las crónicas españolas, va a llevarse una sorpresa.

La historia que allí escucha le suena a Bob a sabida. No es otra que la misma de las fuentes europeas y euroamericanas. Esteban pereció en combate a las puertas de Zuñi, defendiéndose sus habitantes de lo que sabían que era la punta roma de lanza de una invasión despiadada. No hubo otro contacto con Esteban. Bob Goodwin entiende que esto no confirma una historia, sino que la replica. Así lo que se acusa es la contaminación producida por las crónicas coloniales inclusive entre indígenas. Una memoria propia respecto al primer contacto estaría en definitiva perdida. He aquí que estamos en un terreno definitivamente movedizo, pero Bob se mueve por él con bagaje de averiguaciones y firme de razones. Quizás fue el propio Frank Cushing, nunca desprendido de sí mismo ni de su malestar civilizatorio, quien contaminó a Zuñi con la historia colonial durante su convivencia de cuatro años. Hoy es imposible saber si antes, hace más de un siglo, se conservaba otra memoria. Ni puede saberse a lo que alcanzó la influencia de Cushing. De sus pretensiones tampoco podemos fiarnos. Ni siquiera tuvo acceso franco a la kiva, el recinto ceremonial más íntimo de la cultura *pueblo*. Se creyó zuñi durante un tiempo, mas nunca lo fue. Cushing no era ciertamente Esteban.

Sólo hay un detalle de historia propia en la versión zuñi del encuentro con la expedición de Esteban. Entre las kachinas, las figura típicas de la cultura *pueblo*, existe una imagen negra, Chakwaina. Jim, Rob y Bob escuchan en Zuñi que la misma conmemora a Esteban, quien así habría sido elevado a la galería de las kachinas, un detalle que no se ha tenido desde luego ni por asomo con ningún conquistador español o explorador alguno de otra precedencia europea o euroamericana. Su muerte habría sido como un sacrificio de redención para Zuñi. El recuerdo de que Esteban no era como los otros conquistadores ni exploradores habría así también redimido su propia memoria ante Zuñi o ante, al fin y al cabo, todos los pueblos indígenas de América.

En todo caso, el contexto narrativo de Chakwaina es el mismo de la historia mendaz forjada por las crónicas españolas. Y hay una dificultad añadida bien seria. No existe un consenso en Zuñi sobre dicho extremo de la kachina negra. Lo que hay es abierta discrepancia, como Jim, Rob y Bob constatan. No puede entonces vincularse sin problemas a Chakwaina con la memoria de Esteban. Ante esta tesitura, Bob Goodwin se muestra completamente escéptico. Chakwaina no está probado que sea Esteban. No hay pruebas de respeto de Zuñi a la memoria de aquel conquistador tan remiso. Sin embargo, bien pensado, aun con contaminación colonial, discrepancia comunitaria y demás, dicha misma ocurrencia final de identificar a Chakwaina con Esteban es la muestra de respeto que viene en cambio negándole a Esteban la historiografía académica con su más real y constante dependencia de las crónicas españolas.

Con ello, con la excursión a Zuñi, la presunta Cíbola de antaño, concluye el libro que Bob ha dedicado a la figura de Esteban el esclavo. El mismo se ha ocupado no sólo de la travesía del continente por los cuatro sobrevivientes del naufragio de Florida y de la expedición a Zuñi comandada por Esteban de Azamor y no por Marcos de Niza, sino también del contexto cultural, geográfico e histórico, por África, por Europa y por América, que imprime sentido a toda esta historia. Dentro de lo que cabe con el sesgo marcado de las fuentes supérstites, la figura de Esteban el Africano ha cobrado así vida.

Nota: Ya se tiene aquí, recién publicado, el libro de Robert Goodwin, *Crossing the Continent, 1527-1540: The Story of the First African-American Explorer of the American South*, HarperCollins, 2008, respondiendo el título a lo que, a mi entender discutiblemente, se tiene como principal aporte del volumen, la consideración de Esteban como “el primer explorador afroamericano del sur de los Estados Unidos” por haber “cruzado el continente” desde Florida a Sinaloa. Teniendo luego el acierto de cambiar de protagonista, Bob Goodwin empezó sus indagaciones centrándose en Alvar Núñez Cabeza de Vaca como “el primer europeo que cruzó lo que es hoy el sur de los Estados Unidos”. Véase en el sitio dedicado a la *Early Modern Spain* por el King’s College de Londres, pues en su proyecto de investigación *Discoveries* se ubica en origen este trabajo (<http://www.ems.kcl.ac.uk/content/proj/disc/cab/pro-disc-cab.html>). En el mismo sitio puede encontrarse la edición en línea, debida a Barry Ife (vínculo en <http://www.ems.kcl.ac.uk/content/ppl/bwi/ppl-bwi-publ.html>), de los *Naufragios*, la narración por Cabeza de Vaca de la travesía del continente como epopeya suya.

Sobre Cíbola, El Dorado y otras historias similares que pudieron servir de espoleta a aquel colonialismo, con mirada torpemente cómplice, Juan Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento*, Alianza, 1989. Para el escenario por lo habitual hoy en extremo idealizado de un colonialismo eclesiástico alternativo al imperialismo monárquico, con mirada desigualmente crítica, más con la historia que con la historiografía, Daniel Castro, *Another Face of Empire: Bartolomé de las Casas, Indigenous Rights, and Ecclesiastical Imperialism*, Duke University Press, 2007. Sobre el requerimiento, con mirada más regularmente crítica, Patricia Seed, *Ceremonies of Possession: Europe’s Conquest of the New World, 1492-1640*, Cambridge University Press, 1994. Para introducción al universo histórico *pueblo* y los efectos de las irrupciones coloniales, Ramón Gutiérrez, *Cuando Jesús llegó, las Madres del Maíz se fueron. Matrimonio, sexualidad y poder en Nuevo México, 1500-1846*, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Acerca de quien se alzara con la fama, anunciando al personaje una cabeza de vaca de ilustración en portada, y la clase de historia a la que ha contribuido hasta hoy, la historia deformada que se tiene por profesional y como tal se predica, con mirada integralmente crítica, José Rabasa, *Writing Violence in the Northern Frontier: The Historiography of Sixteenth-Century New Mexico and Florida and the Legacy of Conquest*, Duke University Press, 2000. Documentación en línea se tiene a mano en los apéndices de Juan Francisco Maura, *El Gran Burlador de América: Alvar Núñez Cabeza de Vaca*, Parnaseo, 2008 (<http://parnaseo.uv.es/lemir/Textos/Maura.pdf>; algún otro material sustancioso agrega en el sitio citado del King’s College londinense el propio autor de *Crossing the Continent*: <http://www.ems.kcl.ac.uk/content/proj/disc/cab/agi/index.html>, con el vínculo a la transcripción de Archivo General de Indias, México, 212, N 45, 1585). Con mirada tan superficialmente ahora crítica como profundamente todavía cómplice, J.F. Maura también se ocupa de la edición de los escritos de Cabeza de Vaca, el principal agente ejecutivo del ocultamiento histórico de la figura de Esteban el Africano, un esclavo en primera línea más de paz que de fuego entre conquistadores.

Respecto a las publicaciones aludidas al principio de los profesores indoamericanos de la Universidad de Arizona, se trata de las de Robert A. Williams, *The American Indian in Western Legal Thought: The Discourses of Conquest*, Oxford University Press, 1990; *Linking Arms Together: American Indian Treaty Visions of Law and Peace, 1600-1800*, Oxford University Press, 1997, y *Like a Loaded Weapon: The Rehnquist Court, Indian Rights, and the Legal History of Racism in America*, University of Minnesota Press,

2005; y la de S. James Anaya, *Los pueblos indígenas en el derecho internacional*, Trotta 2005 (edición actualizada conforme a la segunda original de 2004).

A lo largo de su libro Bob Goodwin reitera, como verdadero descubrimiento suyo, la idea anunciada por el título. He aquí que tendríamos la historia cumplida del primer explorador afroamericano que atravesara el continente de costa a costa por las anchuras del actual sur de los Estados Unidos. Menos insiste en que, antes de su obra, no se había reparado en la plausible existencia de una agenda de comunicación intercultural creada y practicada por Esteban de Azamor y de la cual se apropiaron para sus respectivos intereses, desvirtuándola por completo, tanto Cabeza de Vaca como Marcos de Niza y otras gentes de semejante calaña. Ahí reside a mi entender su principal aporte.

Contrástese con la visión y el lenguaje poco menos que racistas potenciados ahora por J.F. Maura, *El Gran Burlador de América*, p. 77: “Esteban burlará con maestría torera a su nuevo amo, el virrey de México Antonio de Mendoza, y al encargado de verificar sus mentiras, Fray Marcos de Niza, consiguiendo así disfrutar de su ansiada libertad entre los indios”; p. 196: “Estebanico... conseguirá su libertad a través de una serie de estratagemas dignas del más renombrado pícaro”; p. 278: “[L]a supuesta muerte de Esteban fue utilizada por él y por sus amigos indios para que éste consiguiese su libertad y para que Fray Marcos no pasase adelante y descubriese el fraude de las Siete Ciudades”; y finalmente, por el desparpajo con el que tilda a las posiciones realmente críticas de anacrónicas y hasta, en el colmo del retorcimiento, de racistas, pp. 248-251.

Tras leer tal sarta de despropósitos que pasan por análisis de las fuentes y ciencia de la historia engrosando currículos académicos y tras releer los *Mitos y Utopías* de Juan Gil, una de tantas colaboraciones bien remuneradas con la generosa y alargada celebración de los 500 años del inicio de la invasión de Abya Yala, a fin de descontaminarme del que es al fin y al cabo mi propio mundo, me giro a mirar con respeto a la Chakwaina hopi, de este otro pueblo *pueblo* resistente, que guardo en casa. No siento el malestar recrudescido de la civilización depredadora, sino la culpa no redimida de una cultura inhumana. No quiero ser Cushing y no puedo ser Esteban o ni siquiera la Chakwaina.

No es casualidad que el prejuicio y el desprecio para con las gentes tanto afroamericana como indígena sigan corriendo más impunemente en lengua castellana que en ninguna otra, inglés inclusive. Ante tamaño supremacismo, la visita de Jim, Rob y Bob a Zuñi es por sí sola, aunque tan solamente fuese por el gesto, una parábola de buena práctica. Permitidme que desde aquí salude a los tres amigos y que aproveche para desear feliz y próspero año 2009 a tod@s cuant@s lean este comentario, no olvidando por esto que hay de siempre múltiples formas no indiferentes, sino henchidas de sentido, de computar el tiempo. Sin ir más lejos, el pasado 13 de septiembre, según la fecha del calendario de la era dominante, se inició el segundo año solar de la Declaración de Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas. Se mire por donde se mire, es efemérides más universal que las del calendario cristiano romano, el dominante y en uso por las propias Naciones Unidas. Y es más prometedora su buena nueva.

Sevilla, España, Europa, 29 de diciembre de 2008

P.D. En correspondencia con las felicitaciones, João Araújo nos regala la transcripción de unos documentos sobre el caso de un esclavo a mediados del siglo XVII cuya estrategia, nos dice, “guarda alguma semelhança com a de Esteban”. Helos:

Trecho do assento feito em casa da Relação pelo governador Alexandre de Souza Freire, onde se narra a história da conquista do sertão do recôncavo baiano, 04 de março de 1669, in *Memórias Históricas e Políticas da Bahia* de Inácio Accioli, anotada por Braz do Amaral, Bahia, 1928, volume 2, pp. 30 e 31. Também publicada, com pequenas variações in *Documentos Históricos da Biblioteca Nacional*, volume 7, pp. 207 e 216:

“E sucedendo no governo Francisco Barreto, no ano de 1657, querendo com mais cuidado remediar o clamor dos moradores e o dano de irem-se despovoando todos aqueles distritos, invadidos do inimigo, mandou fazer outra entrada pelo rio Paraguassú acima, e junto à serra do Orobó uma casa forte, que presidiu com infantaria e cabos, para dali com mais facilidade fazer guerra ao gentio, cujas aldeias ficavam por aqueles partes; e vendo que se não podia conservar por ser o sitio mui doentio e morrerem muitos soldado resolveu a mandar vir da capitania de São Vicente e São Paulo a gene e cabo mais experimentados que ali havia nas jornadas do sertão, em que preferem a todos os do Brazil; e conduzidos por mar a esta praça, lhes nomeou por capitão mor a Domingos Barbosa Calheiros, ao qual no ano de 1658, com a dita gente e infantaria escolhida, dirigiu à serra da Jacobina, para dali em companhia dos índios das aldeias amigas e guiado dos Payayazes, com quem os ditos Gaspar Rodrigues e Thomé Dias haviam feito pazes, ir buscar e destruir aqueles de que houvesse notícia certa nos faziam o dano, e os fizesse reduzir à boa paz e amizade: não resultou desta jornada mais utilidade que das passadas, antes maior prejuízo que o das mesmas hostilidades, que os moradores recebiam: porque prometendo os Payayazes guiar os nossos para as aldeias dos inimigos, que eles diziam nos faziam o dano, e segurando-nos que em cinco dias os veriam, os trouxeram mais de sessenta enganados, em companhia de um crioulo do Padre Antonio Pereira, de quem também os nossos se fiavam, guiando-os ao redor por serra inúteis e montanhas ásperas, sem jamais nunca poderem chegar às ditas aldeias, que buscavam, usando da indústria de aconselharem aos nossos que não atirassem para matar caça, nem cortassem páo para tirar mel, para não serem sentidos dos Tapuyas, que nos faziam o mal: e nunca estes Tapuyas que eles diziam se achavam, nem se podiam achar, por não haver outra nação mais que a dos Payayazes, os quais, por aquele engano, foram desbaratando, cansando e matando à fome a nossa gente, e por fim se foram muitos embora, e a desampararam naqueles desertos e matos, depois de consumida e acabada com as doenças, misérias e trabalhos da jornada. E vendo o resto da nossa gente a perfídia destes Payayazes, e que ficando alguns homens de guarda às munições na aldeia de Tapurissé, eles os mataram e comeram, e o mesmo fizeram a outros na do Camisão, e a todos os que ficavam cansados ou se apartavam, e que não havia outros inimigos senão eles, e como tais a desacompanhavam, e obravam todos estes excessos debaixo da amizade que conosco tinham feito, e que os poucos que tinham escapado não podia tomar satisfação alguma deles; se voltaram. e havendo ido àquela jornada mais de duzentos homens brancos, foram muito raros os que chegaram a esta praça; e só se experimentou alguma fidelidade em alguns índios da Jacobina, que padeceram a mesma sorte. Esta foi a última entrada que se mandou fazer; e pelo infeliz sucesso que teve ficaram os bárbaros com maiores alentos para por muitas vezes descerem a infestar e destruir aqueles distritos costumados nesta capitania, e outros da dos Ilhéus, assaltando o termo da vila de Cayru por várias vezes...” (...).

No mesmo volume dos *Documentos Históricos*, há o *Regimento que levou o capitão mor Domingos Barbosa Calheiros na jornada do sertão*, 05 de setembro de 1658. Nos itens 7, 10, 12 e 14, pp. 321-327, lê-se:

“Mandarà chamar o feitor do Padre Antonio Pereira para quem leva uma carta do mesmo Padre, o qual lhe entregará um crioulo muito pratico nos caminhos, que será guia té as Aldeias dos Payayazes... “.

“E como os ditos Payayazes são os de quem mais principalmente pende na presente ocasião o bom sucesso desta jornada assim por seu valor, respeito que as mais Aldeias têm ao seu Principal Juquerique, e número de soldados que podem dar, como por serem os guias que o dito Capitão-mor há de ter, com mais certeza para as Aldeias contrárias; lhe dei por muito encomendado os trate com toda a benevolência, e com o Juquerique, e os seus índios seja mais liberal dos resgates que leva, repartindo-os de modo que faça vantagem às mais nações, e principais.”

“Prevenido tudo, se porá com o favor de Deus a caminho, em demanda das Aldeias dos Tapuyas inimigos, para as quais lhe servirão de guias o crioulo do Padre Antonio Pereira, e os mesmos Payayazes...”

“O intento principal a que vai é fazer guerra às sete aldeias do Gentio Bárbaro Maracauassús e Topins, que desumanamente vem todos os anos matar os moradores de Jaguaripe e Maragugipe, fazendo o mesmo a todas as mais Aldeias que com estas se uniram a fazer guerra: para o que destruirá todas as Aldeias, matará os que lhe resistirem, e prisionará todos os que havendo peleja vencerem as armas de Sua majestade.”.

João Araújo finalmente comenta: “De modo que o crioulo do padre Antônio e o chefe Juquerique se uniram para enganar e escapar (...). Sobre o crioulo não mais sei.” Lo mismo que nos pasa con Esteban el Africano, tan ignorantes en definitiva somos.

Me permito tan sólo una apostilla. Casos como el de Esteban pudieron prodigarse tanto que por América se han formado pueblos afroindígenas o indoafricanos como el miskitu, el seminola o el cherokee o que también hoy existan comunidades africanas con análogas características a las indígenas por alguna latitudes especialmente latinoamericanas. Sobre el particular no faltan estudios y publicaciones por los Estados Unidos, pero no los conozco de entidad por la que llamamos Latinoamérica.